

ANGEL
VAZQUEZ:

Muerte de un novelista

EN la madrugada del día 26 de febrero moría en su casa de la calle de Atocha, en Madrid, el escritor y tangerino Angel Vázquez, de un paro cardíaco; por enfermedad, y por cansancio de una vida que lo fue todo menos satisfactoria, su corazón dejó de latir. Su corta e importante obra narrativa constaba de varios relatos, de una novela corta, "El cuarto de los niños" (1958), y de tres novelas: "Se enciende y se apaga una luz", que fue Premio Planeta en 1962; "Fiesta para una mujer sola" (1964), y, por último, "La vida perra de Juanita Narboni", publicada en 1976, tras once años de silencio, y que puede considerarse como su obra más completa. Todas sus novelas han sido editadas por Editorial Planeta. Angel Vázquez habla nacido en Tánger, el día 2 de junio de 1929; contaba, pues, cincuenta años de edad. Era —siempre se es— demasiado joven para desaparecer.

La novelística de Angel Vázquez está centrada, desde sus primeras letras publicadas, en diversos aspectos de la vida tangerina. No habla, claro está, de esa ciudad que tenemos tendencia a asociar con espionaje, contrabando y orgías cosmopolitas, sino de la ciudad verdadera, compleja y humana, que él conoció y vivió como nadie. Sus dos primeras novelas, muy influidas por cierta narrativa inglesa —la sombra elegante del grupo de Bloomsbury pesa de manera muy clara sobre ellas— pecan tal vez de una cierta ligereza, achacable tal vez a la fluida brillantez del estilo, a la sorprendente facilidad para escribir de su autor, que puede llegar a ocultar la dramática realidad narrada. Pero en "La vida perra de Juanita Narboni", se consigue una altura y una tensión narrativas difícilmente superables. Ahí, y abandonando anteriores influencias, el autor se centró en la plasmación de un mundo en decadencia, de una sociedad —en este caso, la de los no marroquíes afincados en Tánger, y que vivieron hasta la independencia en una especie de ámbito cerrado— en descomposición, que ve hundirse todos sus valores. La misma Juanita Narboni es también una personalidad que se va disgregando al mismo tiempo que su universo social, mientras la corrosiva realidad se va comiendo aquello de lo que siempre vivió: de ilusiones, de sueños, de imágenes —no en vano el cine ocupa un papel primordial en la obra de Vázquez—, que conformaban su mundo privado. Para esta obra, Vázquez empleó un lenguaje tan rico y complejo como ella. Ha sido el único escritor que ha sabido plasmar esa mezcla de barbarismos y resabios de castellano sefardí que es el idioma hablado por una cierta clase de españoles tangerinos, y en utilizarlo como instrumento para contar una historia polisémica, que no debe ser leída solamente como una "pequeña historia marroquí" —esto es, provinciana y reducida—, sino como un estudio her-



Angel Vázquez.

mosísimo sobre la decadencia en todos los sentidos.

He tenido el honor y el placer de ser amigo de Angel Vázquez, y precisamente por eso me resulta difícil trazar aquí su complejo perfil humano. Fue un escritor desconocido y marginado como todos los escritores; un hombre difícil, marcado por las vicisitudes de su vida siempre precaria, siempre en lucha con un mundo que se le hundía irremisiblemente, y que le arrastró —a él y a muchos otros españoles tangerinos— en su hundimiento. Se trataba de un raro, de un solitario que, sin embargo, gozó de grandes amigos; de un novelista casi desconocido, pero que tuvo, sin embargo, la admiración de un grupo reducido de conocedores; un hombre tímido, introvertido, oculto dentro de sí, que fue, sin embargo, capaz de transmitir a unos pocos —siempre son unos pocos quienes de verdad cuentan— el calor secreto de su personalidad riquísima. Vázquez poseía un raro sentido del humor, hecho de autocrítica y de amargura, que llegaba muchas veces a la autodestrucción, y del que se pueden apreciar muestras impresionantes en "Juanita Narboni". Ahora ha muerto; desconocido, pero estimado; y, desde luego, no en la soledad, sino en la amistad profunda de los pocos que le queríamos, que le conocimos. Quedan sus novelas, que hay que leer, o releer, para conocer no sólo a un escritor, sino a todo un mundo que se nos ha ido. Y yo no debo añadir palabras a sus palabras. ■ EDUARDO HARO IBARS.

que se dirigen, en tren, los personajes protagonistas. El argumento no es fácil de resumir: unas personas un tanto extrañas van llegando a la estación para tomar el tren que les conducirá a Kiu, maravillosa ciudad que se les ha prometido como la liberación, la paz eterna, la hermosura sin par. Hay un papel femenino importante, una voz de mujer que va saliendo por un altavoz y unos pocos papeles masculinos. El revisor del tren resulta una especie de verdugo, una bestia. Poco a poco se va descubriendo que los viajeros son locos procedentes de un manicomio. Pero poco a poco, también, se va descubriendo que no son locos, sino gente que ha sido arrinconada por ser molesta a la sociedad. Cada cual explica por qué le han metido allí. A uno de ellos, por ejemplo, porque comprende el lenguaje de los pájaros, los cuales le cuentan cosas desagradables respecto a los trapicheos del poder. Al final se pone en claro que esa Kiu no es sino una ultracárcel, mucho peor que cualquier manicomio en que han estado. A la vista de ello, los propios pájaros provocan un descarrilamiento. Muere todo el mundo, menos tal vez una pareja. Se trata, como ves, de una alegoría sobre la indefensión del individuo frente al poder. La obra se estrenará, creo, en París, en abril o mayo de mil novecientos ochenta y dos. El libreto es en castellano, pero supongo que los franceses me pedirán que se estrene en francés y quizá se haga también una versión en italiano. ■ J. G. M.

LIBROS

Pido la muerte al Rey

PIDO la muerte al Rey (1), última novela de Ramón Hernández, es un libro angustioso —no desprovisto de humor en ocasiones— que, como El ruido y la furia, de Faulkner, ha sido escrito con las tripas.

La angustia se centra en Goltrán Zaldívar, loco procedente del suburbio, fontanero de profesión y dinamitero terrorista, detenido por la Policía por haber puesto una bomba en un tren y encerrado en el manicomio de Santa Uñas San —"gran caga-

(1) Pido la muerte al Rey. Editorial Argos Vergara. Barcelona.

dero y sitio en el que se evacua el canallesco mundo"—, donde se abandona al placer de la muerte que desea y espera a diario, sentado en el patio en la silla de fusilar. Desde ella, Goltrán, a pesar de que "una nube de amnesia le bloquea el hipotálamo", recuerda un mundo en el que "nació plebe y basura sólo apta para el desprecio y la explotación". Como "oligoenfermo", sus obsesiones son múltiples: sexo, justicia, amor —en la persona de una monja—, y otra no menor y fácil de determinar, cultura, con la que intenta remontar el vuelo y liberarse, "porque un hombre con cultura jamás podrá ser esclavo".

Pido la muerte al Rey tiene en *El nido del cuco* un gran antecedente, con mujeres castradoras, como la monja Matilde, sor Hiena, vieja urraca que azota a los presos y busca desarmarlos genitualmente; mas tiene también, y a diferencia de ella, mujeres que no retroceden ante "el maromo perforador de eucarísticas vaginas" y se dejan estrechar por los pacientes, como la hermana madre Cándida, hermoso ejemplo de virtud, capaz de sacrificar sus convicciones con tal de que el loco Zaldivar cure. Y hay médicos,

como Peralta, que creen en él, aunque luego no envíe sus cartas al Rey como le pide. La confrontación, sin embargo, con el mundo no nace de su mente, como en la novela de Kesey, sino de sus circunstancias ambientales. No hay tampoco en esta novela triunfo de Eros sobre Tanatos y la muerte predomina absolutamente. La muerte, en consecuencia, de Goltrán, deseada por él mismo, no significa liberación personal o comunal, como la de McMurphy, a pesar de que en alguna ocasión diga que le gustaría raptar a su monja en un caballo como un piel roja, posiblemente porque nuestra salvación para Goltrán es imposible.

Como católico, monárquico y español, Goltrán Zaldivar escribe una carta al Rey Juan Carlos de Borbón y Borbón, Su Majestad extraterrestre que viaja en OVNI y con el que a menudo se comunica por ondas hertzianas, en la que le pide su muerte de forma anónima, "porque el anonimato sin firma tiene cárcel y a veces horca" y él desea morir fusilado como soldado.

Pido la muerte al Rey es una novela naturalista, de la mejor tradición esperpéntica, en ocasiones: escrita por un pensador

naturalista, que no lo es tanto a la hora de hacer arte, ya que está organizada como una composición musical, cambios de presente al pasado y escenas coordinadas, más que recordadas, siguiendo los dictámenes de una mente caótica, la de un loco, que dice ser verbal —y lo es— a base de fragmentos cortos, unidades de secuencia y sucesos sin orden cronológico, con los que Goltrán vuelve sobre sus pasos hasta completar su historia.

Es novela en la que el flujo de la conciencia no es importante, a pesar de que Goltrán goce de una mente diabólica, porque sus pensamientos y recuerdos no tienen apenas conexión. Ha decidido suicidarse y ni por un momento traicionará su decisión; no obstante, nos irá envolviendo con su lenguaje inconexo —a mi modo de ver, la gran aportación o novedad de esta novela, como de toda novela que se precie— y que fluye de él con naturalidad hasta convertirle, dentro de la fea realidad en que se mueve, en un personaje de gran comicidad y altura humana. ■ M. VILLAR RASO.

Divorcio e Iglesia (1)

ME atrevería a decir que este es el libro más objetivo y documentado —a pesar de su extensión media— que se ha publicado dentro de las filas católicas acerca del batallón tema del divorcio.

Leerlo reconforta en medio del polémico ambiente en que este asunto se desenvuelve en terrenos católicos-romanos. Es cierto que cada vez se van abriendo más los creyentes a posturas comprensivas, desarrollando nuevas hipótesis que se acercan más a la actitud benigna de Jesús con los que tienen problemas. Y unos tiran por la calle de en medio inventando teorías que justificarían el divorcio para los católicos en el futuro de la propia Iglesia, y otros —más tímidos— miran con ojos tolerantes los dramáticos casos que proliferan en el mundo actual, buscando una solución de mal menor, como hicieron durante siglos los católicos de Oriente.

Pero nadie había hecho un balance exhaustivo de autores, ideas y posturas como lo ha he-

cho Matabosch. El gran valor del libro es su "apartidismo" de escuela, grupo o actitud, si bien la conclusión va, de modo obvio, aunque no buscado directamente, en la línea abierta, porque la lógica de hechos y de las ideas conduce a ella. Esta postura se desprende espontáneamente, a pesar de no ocultar ningún elemento histórico o doctrinal desfavorable a la misma.

Precisamente este correr a través de las opiniones y las situaciones hecho con tanta objetividad es lo que hace más valiosa la conclusión que fluye de sus páginas a la vista de todo lector imparcial.

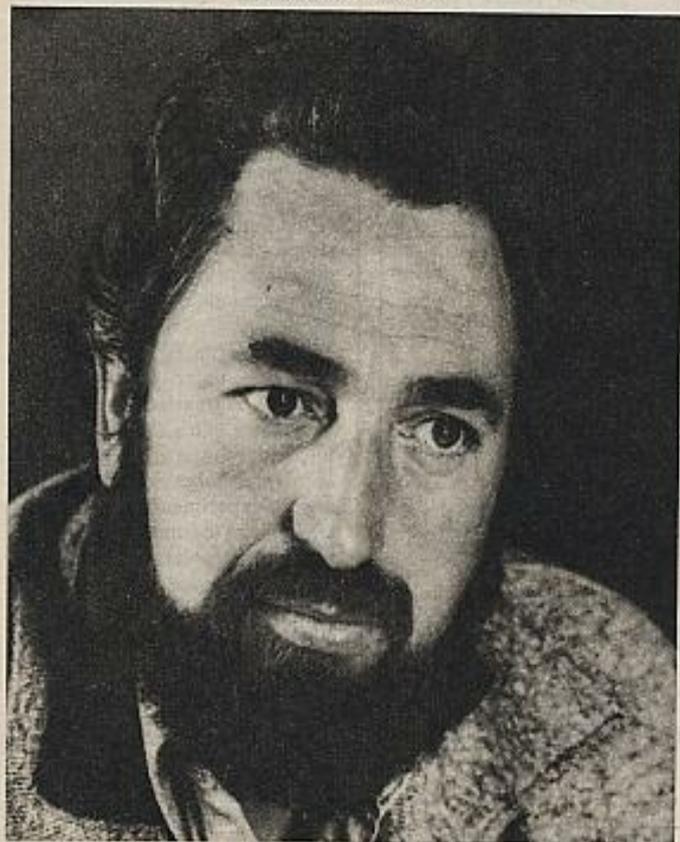
Ahora, que todavía se discute entre católicos la oportunidad de admitir el divorcio civil en España, y cuando parece que una gran parte del país tiene sus reticencias a abrir la mano en esta cuestión y en otras muchas, es preciso meditar aquellas obras serenas como ésta, para no dejarse llevar por posturas reaccionales ni en un sentido ni en otro.

Quizá lo que más sorprenda a algunos después de leer este libro es la falta de base histórico-doctrinal que tiene la teoría, esgrime tan tenazmente por los seguidores del Opus Dei, de que la indisolubilidad matrimonial es de derecho natural, y en la cual basan todos sus ataques a la posibilidad de legislar un divorcio civil para los ciudadanos que estén en determinadas situaciones irreversibles y lo soliciten así.

Empezando por San Agustín, pasando en el siglo XVI por el gran pensador Francisco Suárez, S. J., y llegando a casi todos los modernos, han pensado estos católicos que no podía ser de derecho natural, lo que nunca ha podido conocerse claramente con la sola razón humana, como ha pasado en todas las civilizaciones conocidas que —por supuesto— han admitido siempre el divorcio como último recurso a los conflictos insolubles de la pareja humana. Y si la base no exige esa indisolubilidad absoluta, lo sobrenatural —que se apoya en esta base— tampoco parece que pueda exigirla indubitadamente, ya que su fundamento natural es precario.

Cuando uno lee libros como el reseñado se saca una consecuencia: ¡qué poco se piensa en España y —sobre todo— en los ámbitos católicos! Nos dejemos llevar

Ramón Hernández.



(1) Antonio Matabosch: *Divorcio e Iglesia*. Ed. Marova. Madrid, 1979.